



EL  
PALACIO  
SCURO

Una novela de la serie IRA DEI  
M. GAMBIN

El Santuario del Cristo de La Laguna es allanado en la madrugada de la víspera del comienzo de las Fiestas. Los intrusos no se han llevado nada. Solo, de manera inexplicable, se han limitado a descolgar la imagen de su cruz. En la pared, unas enigmáticas frases pintadas se refieren a Luis Ariosto, que es llamado por el inspector Galán, pero ninguno sabe darles explicación.

En una obra de rehabilitación del Archivo Diocesano, entre dos muros antiguos, aparecen los restos de un esqueleto de hace trescientos años encadenado a la pared. Nadie sabe quién es la víctima del emparedamiento ni quién fue su verdugo. La arqueóloga Marta Herrero decide investigar el crimen, echando mano de sus amigos especialistas en documentos antiguos.

La periodista Sandra Clavijo va tras la pista de los autores del atropello de un sacerdote que poseía información trascendental para resolver el misterio de la mujer emparedada. Sus pesquisas le llevarán a descubrir un secreto olvidado que pondrá en peligro su vida y la de sus amigos.

Ariosto y sus amigos se verán envueltos involuntariamente en la búsqueda de un objeto histórico de un inmenso valor —que pondrá sus convicciones a prueba—, que se encuentra oculto en un lugar recóndito de uno de los edificios más singulares y oscuros de la vieja ciudad.

# Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

*A mis tías, Mercedes y Ana Mari*



1 Santuario del Cristo de La Laguna.

2 Comisaría de la Policía Nacional.

3 Convento de Santa Clara de Asís.

4 Museo de arte sacro de las monjas Claras.

5 Casino de La Laguna.

6 Palacio de Nava.

7 Convento de Santa Catalina de Siena.

8 Tasca Faracho.

9 Catedral.

10 Hospital de Dolores, Biblioteca pública.

11 Iglesia de San Juan.

12 Iglesia de La Concepción.

13 San Cristóbal Gastrobar.

14 Iglesia de San Agustín.

15 Archivo Diocesano.



## 1

**San Cristóbal de La Laguna. 1520**

—Con cuidado, micer Andrea, esa talla es valiosísima.

El mercader veneciano se volvió hacia la voz que resonaba a su espalda. Juan Benítez, sobrino del gobernador don Alonso Fernández de Lugo, alto y enjuto, vestido de oscuro, no perdía ojo de los movimientos de los criados del italiano para colocar la estatua y su crucifijo en el lugar elegido.

—Perded cuidado, señores. La colocaremos como habéis dicho —respondió, al tiempo que daba consignas a los dos hombres que le ayudaban, procedentes del barco en que había arribado a la isla de Tenerife dos días antes.

Junto a Benítez se encontraba el propio Adelantado de Canaria, un hombre ya mayor, con cabellos y barba blanca, que se encorbaba un poco a un lado, apoyado en un bastón, herencia de las mil heridas que sufrió durante su vida en cruentas batallas contra canarios, palmeses, guanches e infieles musulmanes.

—Creo que es mejor un poco más a la izquierda —opinó Lugo—. Que quede más centrado.

La iglesia del Convento del glorioso padre San Francisco todavía no estaba terminada del todo, pero la impaciencia de tener en ella una imagen de culto de calidad había provocado que Juan Benítez, en nombre de su tío, la hubiese comprado al comerciante nada más arribar su nave de la península. La talla, de origen flamenco y de estilo gótico, mostraba un cristo crucificado exánime, con la cabeza

a un lado y los miembros rígidos en cruz, muy del gusto de aquellos años.

—¿Aquí está bien? —preguntó el mercader.

—Creo que sí —dijo Benítez—. ¿Qué opináis, don Alonso?

—Está bien así —sentenció el adelantado.

Micer Andrea Barbarigo dio dos palmadas y sus criados se apartaron. Con un gesto de la mano indicó que salieran del templo. Los tres hombres quedaron solos.

—¿Quedáis satisfechos, buenos señores?

—Lo estamos —respondió Benítez—. Aunque un precio algo excesivo, a mi modo de ver.

El mercader lo miró con gesto de sorpresa.

—¿Setenta ducados os parece caro? Recordad que el precio inicial era de cien ducados. Os lo he rebajado por ser quien es el señor adelantado, cuya fama trasciende más allá de estas islas.

—Dejaros de cuentos, micer Andrea —intervino don Alonso—. El precio es el resultado de no haber podido vender la estatua en otros puertos y este es el último que tocáis antes de volver a Italia. No queríais volver con la talla sin vender.

El mercader asintió con la cabeza y juntó las manos, a modo de rendición.

—Soy vuestro humilde servidor, señor. Si vos decís que es así, es así.

—Ahora, id en buena hora —se despidió el adelantado—. Y que tengáis buena travesía.

—Mil gracias os sean dadas a vos y a vuestra familia —dijo el italiano, que se colocó bien su capa y se dirigió a la salida.

Una vez ambos hombres quedaron solos, don Alonso se acercó a la estatua, que pendía de la pared en alto, sobre un crucifijo de madera.

—En verdad es buena obra, Juan. Un maestro de los mejores.

—Cierto, señor. Sobrecoge su expresión.

—¿Está ese vuestro criado, Juanico, fuera? ¿Está presto para terminar el trabajo?

—Así es. Esperando vuestras órdenes.

—Bien, entonces, salid ahora, y decidle que entre.

Juan Benítez se inclinó ante su tío y obedeció la orden. Unos instantes después de salir, hizo presencia en el interior del templo Juanico, un hombre mayor, de tez oscura, que trataba de abrir la boca lo menos posible para que no se notase su falta de dientes.

—Vuestra merced ordene —dijo, sin levantar la mirada.

—Ayudadme a bajar el Cristo —pidió el adelantado.

Los dos hombres descolgaron el crucifijo y lo apoyaron con cuidado en el suelo.

—Separad la talla de la cruz —pidió de nuevo.

Juanico quitó las fijaciones de hierro que unían ambas maderas y separó el cristo de la cruz.

—Volvedlo boca abajo —indicó.

El carpintero ejecutó la orden con suma delicadeza y se echó a un lado.

—Dicen de vos que sois el mejor ebanista que hay en la isla —dijo el gobernador.

—No os creáis todo lo que dicen, señor.

—Quiero que le hagáis un hueco a la madera para ocultar esto.

Don Alonso buscó en su faltriquera y sacó una bolsa pequeña de cuero de un palmo de largo. Juanico lo examinó y luego miró al crucifijo.

—Puede hacerse.

—Hacedlo entonces.

Lugo contempló el minucioso trabajo del esclavo con paciencia. El hombre tardó poco más de diez minutos en abrir una oquedad en la madera.

—¿Así os vale, señor?

—Me vale.

El gobernador se acercó y depositó el saquito en el pequeño boquete rectangular que exhibía la madera. Luego se echó atrás.

—Cerrad el hueco —ordenó.

Juanico tomó el pedazo de cubierta que había extraído antes, al que había quitado un trozo de su parte interna, y lo colocó sobre el orificio. Luego lo lijó con mucho cuidado y le aplicó varios barnices, dibujando incluso vetas en la madera. El adelantado contempló la obra en cuanto el esclavo terminó su trabajo.

—Es asombroso —dijo en voz baja—. No se nota nada. Un magnífico trabajo.

—Vuestra merced exagera —dijo Juanico.

—Bien. Colocad el cristo en la cruz. Lo colgaremos de nuevo.

El esclavo realizó la labor ordenada y los dos hombres subieron el crucifijo al lugar destinado para ello en la pared del templo.

—Salid, y decidle a mi sobrino que se reúna conmigo —ordenó don Alonso.

El hombre asintió sin decir nada y salió del templo. El adelantado se acercó otra vez al conjunto escultórico, comprobando que la actividad del carpintero resultaba completamente invisible. Juan Benítez llegó a la altura de su tío.

—¿Me habéis llamado? —le preguntó.

—Vuestro criado ha hecho un buen trabajo, Juan. Estoy satisfecho.

—Me complace, señor.

—Es una pena. Es un buen trabajador, pero ya sabéis lo que hay que hacer. El secreto debe ser mantenido.

—Ciertamente, una auténtica pena —respondió Benítez, con cierto pesar—. Esta noche se cumplirá vuestra orden.

Y ambos se dirigieron a la salida de la iglesia, dejando atrás, en un oscuro silencio, a la imagen del Cristo, mudo

testigo impotente de la conjura que se había desarrollado a sus pies.

## 2

**San Cristóbal de La Laguna, en la actualidad**

La lluvia azotaba con fuerza los coches aparcados en la calle del Agua. A las cuatro de la madrugada, ningún viandante recorría las vacías calles de La Laguna. Solo un vehículo, un Mercedes negro 300D de 1960, se atrevía a enfrentar el aguacero que caía sobre la ciudad bajo la impertérrita conducción de su chófer, Olegario Mora, un tipo robusto con aspecto de exboxeador, que hacía las veces de conductor y de guardaespaldas de Luis Ariosto, un excéntrico humanista de cincuenta y tantos años bien conservados, heredero de una fortuna familiar acrecentada con su buena gestión, que ocupaba el asiento trasero del coche, absorto en la lectura de las últimas noticias de un periódico digital en su móvil.

—Se están planteando la suspensión de la salida del Cristo hacia la catedral prevista para mañana como no cese esta lluvia —le comentó en voz alta al chófer.

—Sería una pena, señor. Conozco mucha gente que es muy devota del Cristo y están todo el año pensando en estas fiestas.

—Septiembre es un mes que a veces es la prolongación del verano, pero en otras ocasiones es la antesala del otoño.

—La Laguna es imprevisible, pero todos saben que siempre hay que traer algo de abrigo y un paraguas.

—Completamente de acuerdo —concluyó Ariosto.

El automóvil pasó por delante del Casino y luego del convento de las monjas clarisas y se detuvo en la entrada

de la comisaría de Policía.

—Extraña hora para que el inspector Galán le cite aquí, si me permite decirlo, señor.

—Estoy bastante intrigado. Me ha pedido encarecidamente que subiera de Santa Cruz de inmediato. Espéreme un rato, Sebastián, haga el favor. Le avisaré si me entretengo demasiado.

Ariosto insistió en que él mismo abriría la puerta y el paraguas que llevaba, en ese orden. Bajó del coche y se dirigió a la entrada de la comisaría. Tras un cristal, un agente conocido hizo señas a Ariosto para que no se detuviera y siguiera hacia dentro.

Ariosto escurrió su paraguas y lo dejó apoyado en una esquina del recibidor. A continuación, subió al primer piso del edificio. Vio a varios policías saliendo y entrando del despacho de Galán. Reconoció de inmediato al subinspector Ramos, un tipo ancho con el pelo canoso que cargaba con su eterna expresión, a veces fingida, de mal humor. Se dirigió hacia él.

—Buenas noches, Ramos —saludó—. Parece que hay movimiento esta velada.

Ramos le dedicó una mirada amable al tropezárselo.

—Buenas noches, don Luis. No me hable. Lo que ha ocurrido no tiene nombre. Pero no le voy a entretener, el inspector le está esperando.

Ariosto se asomó a la puerta del despacho de Galán. Esperó a que despachara a un agente de uniforme y entró en cuanto terminó.

—Buenas noches, Antonio. ¿Algo grave?

Galán, un hombre de cuarenta y pico años, con planta de exdeportista y de mirada franca y directa, levantó la vista ante la llegada de su amigo. Con un ademán, le pidió que se sentara. Dado que Ariosto siempre trataba de usted a todos sus conocidos, el inspector le seguía el juego.

—Buenas noches, Luis. Perdone que le haya levantado de la cama a estas horas, pero tenemos entre manos un